

Vigencia del feísmo

ASENSIO SAEZ

NO hay más que echar un vistazo a la escenografía que cotidianamente nos rodea, para cerciorarse de que continúa vigente el culto al feísmo.

Creyéndolo un simple sarampión pasajero, secuela de un tiempo en que lo «bonito» imponía sus fueros por decreto, el feísmo ha terminado por tomar carta de naturaleza entre nosotros.

Testigo casual recientemente de la destrucción de un cuadro, a manos de su autor, buen pintor y amigo por más señas, pregunté a éste:

—¿Por qué destruyes una obra tan hermosa?

La contestación resultó del todo contundente:

—Precisamente por eso: por hermoso.

Empalagados un día por almibarados cromos de almanaque plastificados, películas repipis, ternos impecables de domingos y fiestas de guardar, «Reader's Digest» y tijeretazos de una censura escamoteadora de lo desagradable, por decirlo de alguna manera, el feísmo debió irrumpir entre nosotros poco menos que triunfalmente, como una bocanada de aire fresco, jovial y libertador. No sabíamos lo que nos esperaba.

Poco a poco, el feísmo ha ido entrando a saco en todos los estadios de la estética, en todo cuanto, de cerca o de lejos, atañe al mundo del arte: pintura, música, teatro, urbanismo y no digamos nada de ese por lo visto apetitoso orbe que es el diseño, con sus múltiples, frondosas parcelas: posters, logotipos, prendas de vestir, muebles, carrozas... ¿Qué decir precisamente de nuestros carroceristas, ofuscados por el funcionalismo, con sus descomunales «cajones», proyectados con exclusivas miras a una más copiosa tripulación, en el «Entierro» sardinero; con sus preferencias gastronómicas, glorificadoras de la morcilla y el morcón, en el «Bando»? ¿Vale preguntarse en qué páginas de la historia carrocera se archiva el recuerdo de aquellos atrevidos volúmenes, al filo de lo imposible, floras y faunas de un universo de cartón, purpurina y «ginerío», firmados por un Garay, un Eloy Moreno, por citar sólo un par de ejemplos de rumbo?

Un aire hortera, cutre, viene venciendo lo que no hace mucho todavía se daba en llamar buen gusto, palabra que uno escribe asumiendo el riesgo de sentar cátedra de demodé.

Respetables actrices con un envidiable currículum no dudaron en su día en aceptar, a las órdenes de Gurruchaga, el show del eructo y la pedorrera, desgraciado número que cualquier circo aldeano de ínfima categoría hubiese rechazado.

Todavía recuerdo el día en que tía Manolita regresó a casa, de vuelta del teatro, ciertamente turbada. Nada pazguata, aparecía así como desgobernada y en desasosiego, insuflada por una santa furia bíblica que le desbarajustaba totalmente aquellos dos pequeños visones, últimas trincheras de su coquetería.

—Pues nada, hijos míos, que a poco de

levantarse el telón, el primer actor ha decidido enseñarnos su trasero. Así como suena.

Pronto vino a acostumbrarse tía Manolita, sin embargo, a los frescos eventos anatómicos, culines de actores y actrices al aire, a la mano por morde de la programación televisiva, que para eso está. Lo que nadie ha logrado todavía es la tolerancia del taco, venga o no a cuento, por parte de tía Manolita.

—Por ahí no paso, por mucho que hoy «taquee» la jet-set y hasta alguna que otra duquesa de las que salen en el «Hola».

Por eso nunca le han caído bien del todo los Pérez, los simpáticos vecinos del segundo izquierda, un jovencísimo matrimonio que «puesto al día», rocían de tacos su conversación al modo que la primavera siembra de granos la más o menos juvenil epidermis. Como en cierta ocasión los Pérez anunciaron con bastante antelación su visita con el fin de que conociéramos en casa las gracias de Felipín, su primogénito, tía Manolita se vio comprometida a obsequiar al niño con un Cobi.

—Pero que conste que a mí, devota del Walt Disney, este muñeco me parece una colosal broma.

En el fondo entendía que un sonajero, un detente o un Mickey Mouse quedaban un tanto «pasados».

En su momento llegaron a casa los Pérez, portadores no sólo de Felipín sino de la buena nueva de que éste, todavía de escasos meses, había pronunciado ya su primera palabra.

—Anda, Felipín, habla, tesoro.

Felipín no se inmutó. Se optó entonces por la carantoña. Ni por esas.

—El nene sabe hablar. ¿Verdad que el nene sabe hablar? Anda, ricura, habla.

Dios y ayuda costó que Felipín condescendiera a soltar su primera palabra, vocablo inaugural de su futuro lenguaje de hombre de hoy, que no era «tata», ni «papá», ni «mamá», ni siquiera el socorrido «ajo». Dijo sencillamente:

—Coño.

—Ni qué decir tiene que tía Manolita, escamoteando cucamente el Cobi destinado a Felipín, pudo cambiarlo luego, en el establecimiento en que había sido adquirido, por un pato Donald, con exclusivo destino a su cuarto coquetón.

Duda uno si, con el tiempo, el concepto de belleza, tan vaporoso, recobrará sus perdidos prestigios. Sin embargo, estragados entonces nuestros personales gustos, ¿sabremos discernir de verdad la jerarquía de las valoraciones estéticas? Recordemos lo que sentenció nada menos que Henry Moore: «La belleza es una falsa palabra». Ahí queda eso. En última instancia, cada uno con su gusto personal va bien servido. Después de todo, hace muchos años nos fue enseñado que el canon de la belleza para la rana es el sapo.